

FUNDADO EN 1903 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

SAN PETERSBURGO

POR JUAN J.
LUNA

«Majestuosa y solemne, misteriosa y envuelta en prosopopeya, soberbia y ensañadora, entre nubes y soles, lluvias y nieves, e incluso en ocasiones auroras boreales y luminosidades irreales, San Petersburgo se contempla orgullosa en el agua de sus innumerables canales»

S... S. M. M. los Reyes Don Juan Carlos y Doña Sofía han inaugurado hace unos días en la espléndida ciudad de San Petersburgo,alzada junto a la desembocadura del Neva, el Año Dual España/Rusia con varios actos sobre los que ha destacado la solemne apertura de la escogida exposición *El Prado en el Hermitage*. Esta, en contrapartida, será correspondida con otra que llegará a Madrid desde la legendaria urbe que, hasta fines de mayo, acogerá la que abre sus puertas en las salas de su impre-

veces espectaculares y otras recoletos, reflejando tanto la gloria de los tiempos pasados como escondiendo los dramas de sus ciudadanos, que los relatos literarios y los textos históricos han recogido con afinada maestría, merced al talento de narradores, investigadores y cronistas, tales como Pushkin, Dostoievski o Tolstoi.

Nació de la nada absoluta en un terreno baldío y gracias a la inquebrantable voluntad de un zar ansioso de reformas, megalómano y victorioso, Pedro I «el Grande» (1689-1725), que deseaba un nuevo centro operativo y ceremonial para su imperio, abierto a un mar relativamente libre de hielos, lejos de las tradiciones ancestrales de la Santa Rusia, que Moscú encarnaba como eslabón entre un remoto territorio de religión cristiana ortodoxa, de rasgos orientales bizantinos y asiáticos, y un Occidente entendido desde allí con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

Todo comenzó con la colocación de la primera piedra —en sentido estricto, porque en el lugar no existía formación pétre visible alguna entre el barro y las hierbas ralas, la corriente fluvial y las marismas— en presencia del soberano. Era el 16 (hoy 27) de mayo de 1703 y la ciudad surgía con la vocación de ser capital, residencia regia, fortaleza, puerto comercial y militar, así como ventana al mundo frente a las aspiracio-

lacios, grandes almacenes, iglesias de cúpulas bulbosas, monasterios, academias, teatros, museos plaza, jardines, etc.... en suma, un verdadero emporio, que con el tiempo iría adquiriendo un perfil monumental sinceramente inolvidable para quienes desde el siglo XVIII en adelante han acudido a disfrutar de tales maravillas.

Pero volviendo a la plasmación del sueño de Pedro «el Grande» —cuya estatua ecuestre de bronce elevada sobre una ola de piedra, en la que el francés Falconet acertó plenamente, preside una plaza abierta al Neva— es de justicia recordar que, a partir de la fundación, la vida del monarca transcurrió entre proyectos de obras de muy variada especie y grandes construcciones, aunque él se alojó en pequeñas mansiones como el Palacio de Verano o los pabellones del primitivo Peterhof, frente al golfo de Finlandia. Fallecería en su nueva metrópoli, en una sencilla morada sobre los muelles que flanquean y domían el río, encauzando la poderosa corriente, junto al actual Hermitage, donde más tarde se edificaría su encantador teatro.

La convulsa etapa que sucedió a la muerte del zar estuvo constituida por periodos de

... ahora abre sus puertas en las salas de un prestigioso museo, propiciador con sus fondos de la futura muestra en el próximo otoño.

La ciudad rusa más europea, que, debido a su emplazamiento, ha soportado siempre múltiples inundaciones y gélidas temperaturas a menudo extraordinariamente bajas, escenario también, en 1917, de un movimiento revolucionario que liquidó el aparentemente inconmovible Imperio de los Zares, con la pretensión de expandirse sojuzgando al mundo, y análogamente sufrió un asedio de más de novecientos días por el ejército nazi en la Segunda Guerra Mundial, luce hoy espléndida merced a un proceso de restauración de muchos años que también ha afectado a las localidades de sus alrededores: Pavlosk, Petrodvorets (antes Peterhof), Pouchkine (antes Tsarskoie-Selo), Gatchina..., lugares todos que poseen fascinantes conjuntos palaciegos de singular magnificencia, evocadores del fasto de la corte zarista.

Antigua y prestigiosa capital del Imperio Ruso, suplantadora durante algo más de dos siglos del sempiterno papel rector de Moscú, fue a su vez desplazada en su protagonismo por esta, a la caída del régimen imperial de la dinastía Romanov. Por entonces se llamaba Petrogrado, ya que el último soberano, Nicolás II, decidió transformar su denominación de raíz germánica; no obstante, a la muerte del impulsor de la Revolución, Lenin, comenzó a ser conocida oficialmente como Leningrado, término que subsistió durante varias décadas hasta recuperar su nombre primigenio, por plebiscito entre sus habitantes en 1991, que le dio fama universal.

Majestuosa y solemne, misteriosa y envuelta en prosopopeya, soberbia y ensoñadora, entre nebulas y soles, lluvias y nieves, e incluso en ocasiones auroras boreales y luminosidades irrealles, San Petersburgo se contempla orgullosa en el agua de sus innumerables canales, levantada sobre islas que se comunican por puentes, unas

nes suecas de dominar aquellos desolados parajes, dotados de un clima poco apto para la existencia, pero de gran valor estratégico por su situación geográfica.

Familias enteras fueron trasladadas desde toda Rusia para vivir y trabajar en medio del lodo y la nieve, tareas que se saldaban con un alto coste humano en razón de las difíciles condiciones de vida. En principio se erigieron la Fortaleza de Pedro y Pablo y el primer Almirantazgo, como centros de poder y labor, defensa y astillero respectivamente. Las grandes estirpes nobiliarias fueron obligadas a tener sus viviendas en la población, que crecería rápidamente a lo largo de la centuria como resultado de los ukases de la corona; además, todo navío, por mínimo que fuese, debía acarrear piedras y otros materiales para la colosal empresa. Así brotarían como por ensalmo sólidos muelles, enormes pa-

confusos desórdenes —reinaos de Catalina I, Pedro II, Ana I e Iván VI, entre 1725 y 1741— que no favorecieron el progreso de las obras. Los conflictos internos finalizaron con la subida al trono de la hija menor del fundador, Isabel I (1741-1761), que antecedió al largo y brillante período de Catalina II «la Grande» (1762-1796). Ambas fueron las verdaderas continuadoras de la visionaria creación de Pedro I que continúa admirando y asombrando a quien la visita por el peculiar trazado de las avenidas, sobresaliendo la Perspectiva Nevski, las formidables empresas que supusieron las catedrales de la Virgen de Kazán, la inmensa de San Isaac y el sensacional y policromo Palacio de Invierno actualmente integrado en el complejo de edificios que configuran el Museo del Hermitage. La imponente ciudad seduce por su conjunto de enormes construcciones de distintos estilos artísticos, de acuerdo con las fases cronológicas en las que ha transcurrido su peripécia biográfica: barroco, rococó, neoclásico, romántico —en sus diferentes manifestaciones exóticas, nacionales o historicistas— modernismo, e incluso un variado muestrario del siglo pasado. Tan multiforme y atractivo compendio de realizaciones, debidas a arquitectos e ingenieros de muy diferente origen y formación, define las señas de identidad distintiva de la portentosa aglomeración urbana que es San Petersburgo, más de tres veces centenaria, dotada de una especial y fastuosa, frecuentemente desmedida, grandiosidad, a imagen de los poderosos monarcas que la proyectaron y el inconmensurable «Imperio de Todas las Rusias» sobre el que reinaron.

JUAN J. LUNA ES CONSERVADOR
DEL MUSEO DEL PRADO

93.0
SEVILLA FM

Centralita: 954 460 546
Departamento Comercial: 954 488 600

PUNTO RADIO